

Unos asesinatos sin resolver.

Un don que pondrá en jaque a la aristocracia londinense.

HOJAS DE
Dedalera
VICTORIA  ÁLVAREZ

«El inmejorable debut de una escritora a tener muy en cuenta»
FELIX J. PALMA autor de *El Mapa del Tiempo*

Desde niña Annabel Lovelace se ha visto obligada a vivir con su tío, guarda del Cementerio de Highgate, donde descubre su extraña habilidad para comunicarse con los muertos, quizás gracias a la enfermedad cardíaca que la obliga a vivir entre la vida y la muerte. Años más tarde, una serie de misteriosas casualidades la convertirán en la médium más influyente del Imperio Británico. Sin embargo, su don la llevará a descubrir secretos que deberían haber permanecido ocultos y que pondrán en jaque a la aristocracia londinense.

A mi abuelo
in memoriam

*No hay asfódelos, ni violetas, ni jacintos,
¿cómo hablar con los muertos?
Los muertos solo saben el lenguaje de
las flores,
por eso callan.
Viajan y callan, aguantan y callan,
en el reino de los sueños, en el reino de
los sueños.*

GIORGOS SEFERIS

Prólogo a la edición digital

Querido lector:

Ha pasado casi un año desde la publicación de *Hojas de dedalera*. Casi tres desde que escribí la última línea de esta novela, cuando aún no podía ni empezar a soñar que algún día vería la luz. Curiosamente el paso del tiempo no ha conseguido desdibujar los sentimientos que experimenté cuando cada uno de sus personajes, situaciones, misterios y escenarios comenzó a cobrar forma en mi mente; casi diría que los ha vuelto más reales que nunca porque por fin pueden ser compartidos con los demás. Puede que una historia siempre posea vida propia para su autor, pero realmente empieza a caminar por sí misma cuando encuentra lectores dispuestos a perderse entre sus páginas. Al leerlas las hacemos tan reales como nuestro día a día, y los personajes con los que tanto nos reímos, con los que nos emocionamos silenciosamente y a los que tendimos una mano en sus peores momentos pueden resultarnos tan reales como personas de carne y hueso.

La idea de *Hojas de dedalera* surgió en enero de 2009, pero no comencé a escribir esta novela hasta la primavera, hasta que estuve completamente convencida de que era la historia que quería contar porque en realidad era la historia que me hubiera gustado leer. Recuerdo las horas calurosas del verano que siguió al comienzo de la redacción como de silencioso encierro con mi criatura, cuyas páginas aumentaban a la vez que el entusiasmo de su autora. En octubre escribí la última línea y entonces dio comienzo la aventura que todos los escritores noveles conocen de sobra: revisio-

nes, correcciones y envíos de ejemplares a las editoriales, semanas de morderse las uñas de nerviosismo y meses de agonía hasta que por fin alguien recibe el mensaje que has arrojado dentro de una botella a ese inmenso océano que es el mundo editorial. En mi caso fue la primera ocasión en la que no tuve que esperar tanto tiempo; en cuestión de días Ediciones Versátil contactó conmigo para confirmarme que habían recibido mi manuscrito, que la historia les parecía interesante y que la estudiarían para decidir si finalmente me la publicaban.

No me avergüenza reconocer que lloré de alegría cuando Irene, mi editora, volvió a escribirme con un «sí» por respuesta. ¡*Hojas de dedalera* sería mi primera novela en ver la luz! Enseguida supe que había dado con la editorial perfecta, porque la dedicación que pusieron desde un primer momento en este proyecto superaba cualquier cosa que pudiera haber imaginado. Durante meses trabajamos todos juntos en la última revisión de la novela, así como en cuestiones relacionadas con su maquetación, su diseño y su campaña de publicidad. Finalmente, se programó su lanzamiento para noviembre de 2011.

Pocas cosas darán más vértigo a un escritor que el momento en que le envían una caja con los ejemplares recién impresos de su primera novela, salvo tal vez verla en los escaparates de las librerías de su ciudad. Pero una vez que has emprendido un viaje así te das cuenta de que cada acontecimiento supera en emoción al anterior. Ha pasado casi un año desde que mi historia fuera publicada, un año en el que, además de ver cumplido mi sueño, he tenido la inmensa suerte de presenciar cómo varias editoriales extranjeras se interesaban por *Hojas de dedalera* para publicarla también sus respectivos países. Y lo que es aún más importante, he podido conocer a personas maravillosas que no han dejado de escribirme cada día para contarme lo mucho que han disfrutado con la historia de mi médium pelirroja y su espíritu protector. Ser capaz de hacerles feli-

ces, de lograr que se perdieran en el mundo que yo había creado aunque solamente fuera durante unas horas, ha sido la mayor satisfacción que me ha proporcionado esta experiencia, y por eso quiero aprovechar para decirles desde aquí: GRACIAS. Gracias por atreveros a confiar en una autora que comenzaba a dar sus primeros pasos y que no sería nada sin vosotros.

También me habéis preguntado muy a menudo si no teníamos previsto publicar la novela en formato digital. La respuesta la tenéis ahora mismo ante vuestros ojos. Como romántica empedernida que soy no dejaré nunca de adorar las ediciones tradicionales de mis novelas preferidas, pero gracias a las nuevas tecnologías *Hojas de dedalera* está por fin al alcance de todos aquellos lectores que no residen en España, que no pudieron adquirir la novela cuando salió a la venta o que simplemente prefieren leerla en formato digital. La esencia de una historia siempre seguirá siendo la misma, no importa sobre qué superficie se escriba; y parece que a la mía todavía le queda mucha vida por delante.

No me queda más que desearos una feliz lectura y confiar en que no sea la única aventura que compartamos. Como diría lord Rosenfield:

Volveremos a encontrarnos...

VICTORIA ÁLVAREZ
Salamanca, agosto de 2012

Capítulo 1

Annabel no se había movido en los dos últimos días. Se había quedado tan pálida, y su piel tan helada, que podría pasar perfectamente por un cadáver, una inquietante similitud que se veía acentuada por el hecho de que tuviera que pernoctar dentro de un ataúd.

Pero Annabel no era ningún vampiro, ni una no-muerta. Llevaba padeciendo del corazón desde que su memoria alcanzaba a recordar, lo que tampoco era demasiado, puesto que no contaba más que seis años. Y lo del ataúd no se debía a que estuviera a punto de morir, sino a que la pequeña vivía en un cementerio. Siendo la sobrina del guarda del St. James de Highgate, vergel de sepulturas y cruces de hierro oxidadas al norte de Londres, no tenía demasiadas posibilidades de disfrutar de lo que se suele entender por una infancia normal. Nunca había acudido a la escuela, ni había jugado con los demás niños de su edad... ni recordaba haber jugado a nada, de hecho. Su vida discurría por los senderos del camposanto como las de los demás discurren por las calles de su ciudad natal.

Nadie sabía a ciencia cierta cuál era el origen de los males de Annabel. Sobre su corazón habían desfilado más de media docena de estetoscopios, con gran pesar por parte de su tío, que debía ver cómo los escasos ingresos de los Lovelace acababan «en manos de una cuadrilla de mata-sanos». No obstante, parecía que su dolencia había dado un giro decisivo poco antes de que comenzara nuestra historia. Aquella tarde el doctor Geoffrey Toole la había visitado en su casucha de Highgate, como de costumbre; y co-

mo de costumbre había arrugado su poblado entrecejo al encontrarla acostada en su ataúd. Al bueno del médico no le entraba en la cabeza que una familia, por muchas dificultades económicas que tuviera, no le pudiera conseguir una cama de verdad a una niña agonizante.

Conocía a Annabel desde los cuatro años. Cada vez que la miraba le daba la extraña sensación de tener delante una de las cabezas de ángeles del cementerio, arrancada de un pedazo de roca milenaria. Tenía los ojos muy grandes y redondos, de color verde, rodeados por unas pestañas densas como pequeños cepillos, y el cabello tan revuelto como si un huracán acabara de pasar por Highgate y hubiera torcido aún más las cruces sobre la hierba.

Precisamente eran aquellos cabellos suyos los que le hacían comprender a Toole que no era tan angelical como parecía. Eran muy rojos, rizados como un espeso matorral de espinos salvajes; eran tan rojos que su cabeza parecía cubierta de sangre. La mala fama de los pelirrojos aún no había abandonado Inglaterra, ni siquiera a finales del siglo XIX.

Aquella tarde, Toole hubiera necesitado un corazón de piedra para que no le temblara la voz al contarle a la tía de Annabel lo que le sucedía a su propio y agotado corazón.

—Es irreversible, lo reconozco —había escuchado la niña desde su ataúd. Heather, la joven esposa de su tío, sollozaba con su regordeta cara enterrada en su delantal, en la puerta de su habitación—. Una pena. ¡Una niña tan pequeña, tan bonita!

Annabel atendía a medias a su conversación. Las palabras se colaban confusamente en sus oídos; era como si estuvieran hablando de una persona muy distinta. No tenía que mirar a Heather a la cara para adivinar que se le habían llenado los ojos de lágrimas.

—¿No hay nada que podamos hacer por nuestra Annie, entonces...?

—Esperar que el cielo le conceda un poco más de tiempo —le había contestado Toole, en un resignado susurro— y rezar para que sus últimos días no sean tan dolorosos como todos nos tememos. Su enfermedad resulta devastadora incluso para los hombres más preparados que conozco, hombres hechos y derechos, con muchos más recursos que una criatura... —Y recogió su sombrero para ponérselo en la cabeza—. Lo siento mucho, señora Lovelace. Lo siento más de lo que se imagina.

Con gran esfuerzo, Annabel consiguió asomar un ojo por encima de la madera barnizada de su improvisada cama. Vio cómo el médico depositaba un pequeño frasco dentro de la temblorosa mano de Heather; contenía una emulsión muy semejante a la sangre.

—Digitalina —le informó el doctor—. Denle media docena de gotas cada tarde, con un vaso de agua. Será suficiente para retrasarlo por unos cuantos meses, espero...

Se marchó del cementerio con los andares acompasados que Annabel se había acostumbrado a espiar desde su ventana. «Ese Tom Lovelace no puede estar hecho de la misma pasta que nosotros, querida», se quejaría a su mujer a la hora de la cena, recordando la carita que le sonreía con cansancio desde su ataúd. «¡Dejarla morir como si no tuviera su sangre! ¡Y todo por culpa de una madre que no quiso saber nada más de su hija!».

Lo cierto era que Toole no se encontraba muy alejado de la realidad. La relación que mantenía Annabel con su tío se había basado, hasta entonces, en un acuerdo no expresado en voz alta de ignorancia mutua. A Tom Lovelace le traía sin cuidado lo que pudiera hacer durante toda la mañana, y la niña lo sabía... Si ni siquiera se molestó en enviarla a una de las escuelas de Holly Lodge, el pueblo más cercano, cuando se la confiaron, ¿qué podía esperarse que le respondiera a Heather cuando le comunicó, hecha un mar de lágrimas, lo que el doctor Toole le había contado? ¿Y qué podía sentir ante la inminente partida de Annabel

una persona que siempre la había visto como una carga, eso y nada más?

—Era de esperar —le contestó a Heather, apretando los labios contra la boca de una botella de ginebra. Tom no se parecía nada a Annabel; en vez de tener el pelo rojo lo tenía de un castaño muy oscuro, al igual que la barba que le cubría las mejillas y buena parte del cuello—. Es hija de la loca de mi hermana, por si lo has olvidado. ¿A qué puede aspirar alguien que ha nacido entre cubos de basura?

—No sé cómo puedes ser tan cruel, Tom. Annabel no es más que una niña...

—¿Y qué? ¿Acaso crees que tienen mayor esperanza de vida las hijas de las demás putas de Whitechapel? —Y sacudió la cabeza, riéndose de la expresión de congoja de Heather—. Tampoco hace falta que te lo tomes así, mujer. ¡No es nuestra!

Aquella noche, en voz muy baja, Heather le había acusado de ser «el más insensible de los hombres» y le había asegurado que «ya se arrepentiría de sus palabras», que «también le llegaría su hora», aunque a Annabel se le había quedado grabado a fuego lo que habían dicho. Tuvo que escuchar su conversación por una de las juntas del suelo, y en los siguientes días no pudo arrancarse de la mente la posibilidad de que su caso no fuera tan extraño en aquel sitio inundado de basura al que su tío se refería como Whitechapel.

No se acordaba de casi nada que tuviera que ver con su madre. En su memoria, Rosalie Lovelace se representaba más como una fuerza de la naturaleza que como una mujer de carne y hueso, la mujer que la había tomado un día en sus brazos, que la había hecho reír con sus caricias, que la había apretado contra su pecho y que tal vez, solamente tal vez, la había besado con amor antes de decidir que tenía una vida demasiado ajetreada para hacerse cargo de su pequeña. La recordaba no muy alta, con el mismo cabello que Annabel había heredado de ella, aunque eso podría deber-

se más bien a lo que Heather le había contado acerca de lo mucho que se parecían. Recordaba la manera en que le cantaba cuando no podía conciliar el sueño, siempre y cuando no se encontrara demasiado cansada después de sus incontables encuentros con los clientes de Whitechapel. Y eso era todo... ni la más leve noción de lo que la propia Annabel supuestamente debía haber significado para Rosalie Lovelace, ni mucho menos para un progenitor sin nombre al que nunca llegaría a conocer.

Últimamente, no obstante, Annabel pensaba mucho más a menudo en su madre. Había escuchado cosas terribles de labios de los sepultureros, historias de un monstruo sediento de sangre que se movía amparado por las tinieblas en el mismo lugar en que sus ojos se abrieron por primera vez al mundo. Armado con las herramientas propias de un cirujano, tenía la costumbre de precipitarse sobre las desprevenidas damas de la noche cuando se encontraban completamente solas. Sus acometidas siempre eran mortales, y sus golpes, certeros. Ninguna de las prostitutas que se cruzaron en su camino consiguió sobrevivir a su encuentro, en aquel otoño de 1888 tan empañado por el miedo y la desesperación de la metrópolis más importante del mundo. En Londres no se hablaba de otra cosa, y Highgate no era una excepción. Heather estaba tan angustiada como la que más.

—¿Por qué no dejas que se quede con nosotros? —le escuchaba susurrar a su tía por las noches, cuando creían que Annabel se había dormido en su ataúd—. ¿Tanto te costaría traerla al cementerio? Es cierto que no tenemos mucho sitio, pero podría acostarse al lado de Annie, en la habitación de arriba... ¿Me estás oyendo, Tom?

Tom Lovelace siempre hacía oídos sordos a sus recriminaciones. Acoger a Rosalie en su casa, según su punto de vista, sería una rematada estupidez; no por exponerse a la cólera del asesino de Whitechapel si le arrebataban de las manos a una de sus víctimas, sino por las complicaciones

por las que pasaban los Lovelace para ganarse el pan. Si no podían comprarle una cama a su sobrina, ¿cómo se le ocurría a Heather que conseguirían salir adelante con una boca más que alimentar, aparte de la de Annabel?

—Y que se traiga también a sus amiguitas —le replicó una vez, sin que el ceño fruncido de Heather le amedrentara en lo más mínimo—. Mira, si son muy numerosas nos ayudarán a salir de este bache. No sé cómo no se me había ocurrido...

—¿De qué demonios estás hablando? —le increpó Heather, malencarada.

No confiaba en su tono de presunta inocencia. Llevaban atravesando un bache desde que se casaron, cinco años antes; una decisión que Heather lamentaba con toda su alma.

—Me refiero a que podríamos abrir un burdel en medio de Swain's Lane —repuso Tom con acidez—. Para los viudos que se acerquen a depositar unas cuantas coronas de flores en las tumbas de sus señoras. ¡Apuesto a que nos haríamos de oro!

—No tienes corazón —le susurró Heather—. Tu hermana tuvo que nacer con el tuyo.

A Tom no se le ocurrió qué decir a esto, y el silencio que siguió a su conversación, un silencio que se prolongó durante todas las semanas que duraron los crímenes de Whitechapel, se convirtió en una más de las grietas que separaban al matrimonio, tan profunda como un abismo. El único consuelo que le quedaba a Annabel era que nadie echaría de menos en Londres a su pobre madre, si le ocurría algo malo. Ni tampoco a ella misma, si moría en Highgate. No dejaba de ser un consuelo para una persona acostumbrada a contemplar la amargura de los que se quedaban en el mundo de los vivos, sin saber nada de la región a la que partían sus seres queridos... porque ninguno había vuelto para contarle.

* * *

Sabía que se encontraba abocada, le gustara o no, a convertirse en una más de las enmohecidas cruces de hierro que se inclinaban en medio de la noche a su paso, cuando se dedicaba a recorrer, completamente sola, las avenidas tapizadas de hojarasca y malas hierbas de Highgate. Annabel tenía la costumbre de escaparse de su ataúd en cuanto su tío y Heather se encerraban en su propia habitación, para no tener que escucharlos. Prefería cien veces el concierto nocturno de los cuervos que rasgaban el cielo sobre su cabeza antes que los reproches de una Heather que se había olvidado por completo del tiempo en que creyó ser feliz al lado de un Tom Lovelace cualquiera. Habían pasado menos de dos años desde que la madre de Annabel la dejó al cuidado de su irascible tío, y desapareció para siempre de su vida, pero la niña ya conocía de memoria cada uno de los rincones del cementerio que acabaría convirtiéndose en su particular patio de recreo. No importaba lo mal que se sintiera cada noche, ni lo alterado de unos latidos que se encargaban de avisarle por su cuenta del tiempo que aún le quedaba; Annabel nunca dejaba de acudir a su cita privada con Highgate. Corría como un cervatillo sobre las tumbas renegridas que salían a su paso, y se acuclillaba durante horas a los pies de los dolientes ángeles que alzaban la mirada al cielo entre los matorrales del camposanto. Tenían los dedos de piedra carcomidos por la erosión del viento, y a Annabel le encantaba acariciarlos con los suyos mientras se imaginaba que acudían a buscarla en el momento en que diera el paso final. Desplegando sus grandes alas en los últimos resplandores de un sol en llamas, con los labios rasgados en la más imperceptible de las sonrisas, la tomarían en sus brazos para conducirla a una ciudad desconocida en la que no tendría que preocuparse por el estado de su pequeño corazón hecho añicos. Y en la que no habría nadie,

ni siquiera Heather, que la obligara a tomar un sorbo más de aquel repugnante jarabe de hojas de dedalera cuyo sabor no se desvanecía en su boca ni siquiera después de dormir durante horas.

Highgate había sido su escuela, y sus lápidas, sus cuadernos de lectura. Annabel aprendió el abecedario de la mano de su tía, durante los paseos que solían dar por los dos sectores del cementerio mientras Tom se encontraba en compañía de los sepultureros. Más adelante, cuando creció lo bastante como para poder leer por sí misma sus historias favoritas, Heather se las sacaba de la biblioteca pública que inauguraron poco antes en Chester Road, la carretera que rodeaba el extremo este del cementerio. Tenía que hacerlo a escondidas, porque Tom, que ni siquiera sabía que su mujer había pagado la cuota de suscripción con unos cuantos chelines de su sueldo, no veía con buenos ojos que dedicaran su tiempo a leer. Le decía a Annabel que se volvería aún más tonta de lo que ya era si se dedicaba a imitar a su tía. Aunque no quisiera reconocerlo, le daba más miedo tener dos mentes tan activas en casa que ninguno de los ataques de Jack el Destripador.

Aún no podían imaginar cómo cambiaría las cosas un encuentro fortuito en aquel otoño, poco después de que el doctor Toole los visitara. El paulatino declinar del sol sorprendió a Annabel acostada en su ataúd, con un libro de cuentos en las manos. Noviembre se encontraba muy avanzado, y los árboles que se levantaban majestuosamente a izquierda y derecha de Swain's Lane, la carretera que separaba los dos sectores del cementerio, habían perdido casi todas sus hojas; las que quedaban en lo alto eran de un dorado muy parecido al de las ilustraciones de las que se alimentaba la imaginación de la niña.

Los cuentos de Perrault eran sus favoritos. Annabel podía pasarse horas enteras resiguiendo con su dedo las líneas del relato, leyéndolas una y otra vez, aunque se las su-